

de la Feria del Libro sea excesivamente brillante. En cuanto a ventas, la mayor parte de los editores y libreros se muestran bastante acordes en decir que se está vendiendo más de lo esperado. Como la crisis económica del país es peliaguda, no se sabe muy bien lo que puede querer decir eso. De todas maneras, habrá que esperar hasta el final para saber cómo han ido las cosas.

La casi desaparición de los "placistas", que antes acosaban al visitante, casi tomándole por asalto, enfrente de sus casetas, es otra de las características curiosas de esta Feria y es un indicio también, positivo, de que las grandes y lujosas ediciones de brillantes naderías interesan cada vez menos. Hay que constatar también el éxito de una caseta, de la Librería Mafalda, dedicada por entero al "comic". Una moda, pues, que permanece por encima de contingencias. Y apenas más. ■ JAVIER ALFAYA

Cuarenta años sin sexo

Este libro, con amplia documentación gráfica y escrita, resume en una vista panorámica el triste período del nacional-catolicismo franquista, que man-

tuvo una restricción pública en materia sexual y que marcó nuestras mentes adultas, haciéndonos muchas veces unos obsesos sexuales a los varones y unas frías a las mujeres.

Su autor, Feliciano Blázquez (1), bien conocido por sus libros de contenido siempre actual, ha recogido un acervo de datos verdaderamente expresivos de lo que hemos vivido en estos años últimos, y que han abocado desgraciadamente a un mal enfoque de lo sexual en España, quitándole la naturalidad que este factor humano tan positivo debe poseer.

El Premio Nobel François Jacob dice que en el proceso de la evolución humana el invento del sexo le dio atractivo y alegría al desarrollo de los seres vivos. La reproducción asexual era aburrida, monótona y sin aliciente. Pero al surgir en la marcha evolutiva de los seres vivos la sexualidad, y sobre todo al llegar la evolución al nivel humano, hubo este despertar nuevo del sexo, que dio variedad y originalidad al Universo. "El curso de la evolución —dice también R. Jakobson— ha suprimido la perspectiva insípida de un Universo un poco aburrido sin sexo..., un Universo poblado solamente por células idénticas que se reproducen

(1) F. Blázquez: Cuarenta años sin sexo. Ed. Sedmay. 1977.



hasta el infinito". La bacteria es una "máquina de reproducir", como observa con agudeza el filósofo estructuralista Michel Foucault. Y en España —en esa época franquista— se planteó el problema de la pareja humana solamente como reproductor, estructurándolo con la misma falta de riqueza que sucede entre las bacterias. Eramos, para nuestros tristes obispos nacional-católicos, un aburrido Universo que tenía que esperar paciente y llorosamente la evasión al cielo evangélico cuando terminase nuestro caminar azaroso por este "valle de lágrimas". Y en el sexo no verán estos moralistas hispanos nada más que lo puramente físico y material; no la riqueza humana que había descubierto Freud en él.

Blázquez nos introduce en este mundo, en el que se nos educó "asexualmente" de un modo

totalmente anormal, al hacernos semejantes a un mundo bacteriano-reproductor, en el cual no había más meta para la pareja humana que el "coneji-mo": la cantidad reproductora, y cuanto más, mejor. Retrata bien este período el título de uno de sus capítulos: "Sexo, no; hijos, sí".

Los cortes de la censura en revistas gráficas, periódicos, cines y teatros se medían siempre en aquella época con el **doble decímetro**, creyendo ingenuamente (¿o más bien obsesivamente?) que todo se medía por cantidad de centímetros. Los besos interrumpidos en el cine, la televisión que no permitía ver la mitad inferior del cuerpo de la bailarina que salta en sus pantallas, las fotografías o dibujos "arreglados" en los anuncios de ciertas películas en el "Ya", y tantos otros detalles, son muestra de lo que se dice en este libro ameno, pero no por eso menos documentado y digno de reflexión.

Y no se diga que esto lo hizo el régimen franquista por sí solo; no. La influencia decisiva vino de la Iglesia, de los obispos y clérigos con su obsesión por las faldas, las mangas y las medias, ya que al principio de nuestra posguerra había mayor naturalidad de la que existió poco después. El cardenal Gomá, en septiembre de 1939, publicó en su *Boletín* una pastoral en la que se alude claramente a la mayor libertad entonces existente. En ella critica persistentemente "la misma relajación de los tiempos anteriores a la guerra", porque todavía en el cine y diversiones no se han impuesto las severas restricciones que vendrían meses después. En el vestir, la mujer resultaba más libre que lo fue más tarde, como señalaba con horror el citado cardenal primado de Toledo: "La misma escasez se ha convertido en pretexto para que se generalizasen unas modas de vestir que avergonzarían a nuestros antepasados".

Leer este libro no sólo es solazarse durante un rato de amena lectura, sino recordar lo que fuimos hasta hace bien pocos años, y poder tomar conciencia de que muchos de nuestros fallos educativo-sexuales y de nuestras reacciones morbosas se deben a este período influido por un clericalismo celibatario de tendencias que debían ser sanas, pero que estuvieron reprimidas arbitrariamente.

No se trata de llegar al "desmadre" actual, sin categoría ni arte, sino de ver en el sexo y el desnudo lo que es: una cosa natural, que debe ser encauzada socialmente, pero no reprimida como se hizo ayer, ni divulgada como se hace hoy maliciosamente. ■ E. MIRET MAGDALENA.

La primera vuelta del camino

"El autor de este libro, muerto hace tiempo ya, volverá a producir irritación a bastantes de los que lo lean". Con estas palabras termina Julio Caro Baroja el prólogo a una reciente edición de "Juventud, egolatría", obra publicada por su tío Pío Baroja en 1917 y que es clave en la extensa bibliografía barojiana. Y lo es porque aquí, con más vigor aún que en las propias Memorias, muestra Baroja ese ejercicio asistemático de la libertad que señalaba Castilla del Pino. Sería el libro como el primer alto en el camino, visto desde las Memorias en la última vuelta. Tiene el autor entonces cuarenta y cinco años y treinta obras; las ideas más o menos iguales a las de quince años antes o treinta años después. Obra autobiográfica de autobiografía intelectual, obra de higiene como la llamó el propio Baroja, en ella nos cuenta algunos recuerdos de su infancia que le dejaron señal para toda la vida, desde la contemplación de un agorrotado a la agresión de un canónigo cerril en la catedral de Pamplona. Es también una especie de vade-

mécum barojiano, en el que según Gonzalo Sobejano "el escritor avanza desde el centro de su personalidad por el radio de la cultura, dibuja después su biografía y termina concediendo alguna atención a lo que pasaba entonces en el mundo". Y en este avance, pluma en mano, no escasean los anticonvencionales juicios barojianos, que en

pocas líneas despachan personajes y personajillos con una seguridad asombrosa. Por ejemplo, hablando de historiadores dice lo siguiente: "la pedertería moral de Macaulay, el cretinismo frío y repulsivo de Thiers, la efusión melodramática y gesticulante de Michelet...". Juicios que llevan a Baroja adhesiones a veces más sentimentales que racionalizadas de quienes en su día lo leyeron con afán de libertad y que le arrojan, asimismo, la irritación de que habla Julio Caro producida en todo tipo de beatos de primera instancia.

"Juventud, egolatría" consiguió la reedición en 1920, año en que también fue traducida al inglés ("Youth and egolatría", Nueva York). La edición actual es de Taurus, que en los últimos cinco años ha publicado tres interesantes libros barojianos: "Barojiana" (Benet, Castilla del Pino, Clotas, Martínez Palacio, Pérez, Vázquez Montalbán), "Los Baroja" (Julio Caro) y "Pío Baroja" de Javier Martínez Palacio, donde se recoge la opinión de Sobejano antes citada. ■ V. M. R.

